Lectio con el Salmo 19

Metodología

Texto bíblico

Lectio

Metodología

La «lectio divina» es un modo de leer la Palabra de Dios que me permite acogerla interiormente de una manera tan viva que me lleva a la contemplación. La finalidad, pues, de la lectio es llegar al punto de especial resonancia de la Palabra que enlaza con una silenciosa acogida de ésta en sosiego contemplativo.

Como este tipo de lectura suele hacerse de forma continuada, al comenzar un capítulo o un apartado de la Escritura conviene que lo lea despacio y completamente. Luego, dependiendo del tiempo de que disponga o la importancia del texto, me detendré en los primeros versículos para hacer la lectio sobre ellos. Al día siguiente continuaré con el versículo o versículos que siguen, y así sucesivamente hasta terminar.

El orden a seguir debería asemejarse al siguiente:

Antes de empezar, me pongo en presencia de Dios y le pido que me ilumine por medio de Espíritu Santo para mostrarme internamente la luz de su Palabra. Puedo servirme de la siguiente oración:

Ven, Espíritu Santo,
y haz que resuene en mi alma la Palabra de Dios,
que se encarnó en las entrañas de María virgen
y se nos entrega en la Escritura, inspirada por ti.
Purifícame de todo pensamiento malo o inútil
así como de intereses y apegos contrarios a tu voluntad,
a fin de que busque sólo la Verdad y la Vida.

Concédeme la fe y la humildad necesarias
para que acoja dócilmente a Aquél que,
siendo la Palabra divina y eterna,
se hizo Palabra humana y temporal.
Ilumina mi entendimiento e inflama mi corazón
para que, meditando con devoción la Palabra,
la reciba con amorosa docilidad
y haga posible que habite en mi alma
y fructifique en mi vida para gloria de Dios. Amén.

Luego, selecciono el pasaje concreto sobre el que voy a hacer la lectio.

1. Comienzo leyendo despacio el texto que he escogido, con la actitud y el deseo de que me «empape» interiormente e ilumine mi corazón, recogiendo las resonancias que descubro en mi interior.

2. Realizo una lectura sencilla de los materiales que me ayudan a entender el texto, fijándome especialmente en las conexiones que encuentro con las resonancias que me había ofrecido el texto sagrado.

3. Vuelvo a leer el texto, deteniéndome en aquello que ha resonado en mí, iluminándolo con los aspectos que el material me brinda para iluminar y profundizar en esas resonancias, sin preocuparme de abarcar toda la información que me ofrece dicho material de ayuda.

4. Realizo una repetición orante y gustosa de las palabras de la Escritura que Dios me va iluminando. Aquí, lo importante no es abarcarlo todo, sino continuar el proceso de la «lectio» del texto propuesto, para lo cual debo seleccionar sólo aquellos «bocados» de la Palabra que más me ayudan a acoger de forma amorosa lo que Dios me dice, sin preocuparme por agotar todo el texto bíblico ni los materiales complementarios.

5. Dejo que esas resonancias de la Palabra repetida vayan tomando forma en mi interior y susciten mi entrega generosa al Señor como respuesta amorosa al don que él me da en la Escritura.

6. Me voy sumergiendo en el amoroso diálogo iniciado, que se va simplificando a través del silencio de acogida y amorosa donación mutua, para desembocar en la contemplación de Dios y de lo que él me muestra, me regala y me pide; así me quedo largamente en el silencio de la comunión de amor que ha establecido conmigo a partir de su Palabra.

Texto bíblico

[1]Salmo de David.
[2]El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos:
[3]el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra.
[4]Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
[5]a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje.
Allí le ha puesto su tienda al sol:
[6]él sale como el esposo de su alcoba,
contento como un héroe, a recorrer su camino.
[7]Asoma por un extremo del cielo,
y su órbita llega al otro extremo:
nada se libra de su calor.
[8]La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye a los ignorantes.
[9]Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida
y da luz a los ojos.
[10]El temor del Señor es puro
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos.
[11]Más preciosos que el oro,
más que el oro fino;
más dulces que la miel
de un panal que destila.

12 También tu siervo es instruido por ellos
y guardarlos comporta una gran recompensa.
13 ¿Quién conoce sus faltas?
Absuélveme de lo que se me oculta.
14 Preserva a tu siervo de la arrogancia,
para que no me domine:
así quedaré limpio e inocente
del gran pecado.
15 Que te agraden las palabras de mi boca,
y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón,
Señor, Roca mía, Redentor mío (Salmo 19).

Lectio

Cuando leo completo este salmo noto enseguida dos partes muy distintas, con tono y contenido diferente: la que se centra en la creación (el cielo, el firmamento, el sol) en los vv. 2-7; y la que habla de la ley, a la que alude de distintas maneras en los vv. 8-12. El salmo se cierra con la petición del que se presenta ante la ley de Dios (vv. 13-15). Tan grande es la diferencia entre estas dos partes que se ha pensado que se trataba de dos salmos distintos. De hecho, la liturgia de las Horas los ofrece a la oración de la Iglesia de forma totalmente independiente como salmos distintos: el Salmo 18A en los laudes del lunes de la semana segunda y el Salmo 18B en la intermedia del lunes de la primera semana (recuérdese que la numeración de la liturgia y de la Biblia no coinciden). La primera parte la titula como «Alabanza al Dios creador del universo», y la segunda «Himno a Dios, autor de la ley».

Aunque reconozca la diferencia entre las dos partes del salmo, voy a leerlos como una unidad, tal como aparece en la Biblia, y a intentar descubrir la relación que existe en ellas.

Si me fijo bien, tanto en los vv. 2-7 como en 8-12, puedo encontrar una alabanza a Dios; primero por las obras de la creación, luego por la ley que Dios ha dado a su pueblo. Lo que uniría temas tan distintos como creación y ley es la alabanza que reconoce que ambas realidades son un don inmenso que Dios nos

hace. Porque la alabanza, no hay que olvidarlo, va dirigida a Dios, no a las obras de la creación ni a la ley dada por Dios. La alabanza terminaría en el v. 12 que da paso a una oración en la que el salmista se dirige directamente a Dios de tú a tú: primero reconoce que la ley es un don que Dios le da personalmente a él, después pide perdón por su pecado y termina suplicando a Dios que su oración sea acogida (vv. 12-15).

[vv. 2-3] La alabanza comienza de forma abrupta, sin introducción alguna. Curiosamente no es el salmista el que alaba a Dios, sino que simplemente presenta la alabanza que realizan las obras de Dios: el cielo, el firmamento, el día y la noche. Viene bien recordar el relato de la creación en el que aparece el firmamento que crea Dios para separar las aguas de debajo de esa superficie de las que quedan por encima de ella y forman el cielo azul (cf. Gn 1,6-8). Es Dios el que crea el día y la noche al crear la luz y separar la luz de las tinieblas (Gn 1,3-5). En el salmo estas criaturas que alaban a Dios están personificadas porque «proclaman», «pregonan», «pasan el mensaje», «lo susurran». Personificadas, pero no divinizadas, como afirma el relato de la creación: no son dioses, son criaturas; no son adoradas, sino que alaban a Dios.

> *Cuando no se divinizan los elementos, ni se reduce toda la realidad a la materia visible y manipulable, las criaturas se pueden convertir en mensajeros de otra realidad más grande. Y con ese mensaje alaban a Dios.*

En la enumeración de estos elementos se pueden echar en falta la tierra y el mar. Quizá porque el mar representa un elemento peligroso que se ve como hostil, y porque la tierra, donde habitan los hombres, es el destinatario del mensaje que proclaman los demás elementos (cf. v. 5).

Merece la pena que me detenga un momento en estos cuatro verbos y en su contenido. Los cuatro se refieren al mundo del lenguaje: proclamar, pregonar, pasar un mensaje, susurrar. Pero con esas acciones no realizan una sencilla afirmación de una verdad, sino una proclamación entusiata. De hecho, el verbo

hebreo que está detrás de «transmitir» tiene relación con el agua que brota a borbotones, sin interrupción, y también con el hablar inspirado. Esta proclamación se realiza, a la vez, como un pregón y se susurra como un secreto. De lo que no cabe duda es que cielo y firmamento, noche y día hacen una manifestación deliberada y continua.

Lo que proclaman estas criaturas es la «gloria» de Dios, es decir, el poder, la fuerza, la riqueza, la maravilla de su ser; manifiestan la actuación poderosa de Dios por medio de sus manos; hay un mensaje, una enseñanza de sabiduría[1] que se comunican los días y las noches entre sí. El profeta Isaías necesitó una visión para escuchar a los ángeles proclamando que la gloria del Dios tres veces santo llena la tierra (Is 6,1-3). Ahora, de forma permanente, lo proclaman las criaturas salidas de las manos de Dios.

[vv. 4-5a] Después de este alarde de proclamación, me sorprende descubrir que toda esta comunicación se hace sin palabras humanas: «proclaman» pero no «hablan»; pregonan pero no «pronuncian»; «pasan un mensaje» pero sin que resuene ninguna voz. Se trata de un lenguaje propio de las criaturas y distinto al de los hombres, pero capaz de transmitir un mensaje importante: su pregón llega a la tierra, su peculiar lenguaje alcanza hasta sus últimas fronteras. ¿Cómo es ese lenguaje? No nos los dice el salmo, pero podemos acudir al resto de la Escritura para comprenderlo:

> Son necios por naturaleza todos los hombres que han ignorado a Dios
> y no han sido capaces de conocer al que es a partir de los bienes visibles,
> ni de reconocer al artífice fijándose en sus obras,
> sino que tuvieron por dioses al fuego, al viento, al aire ligero,
> a la bóveda estrellada, al agua impetuosa
> y a los luceros del cielo, regidores del mundo.
> Si, cautivados por su hermosura, los creyeron dioses,
> sepan cuánto los aventaja su Señor,
> pues los creó el mismo autor de la belleza.
> Y si los asombró su poder y energía,
> calculen cuánto más poderoso es quien los hizo,

pues por la grandeza y hermosura de las criaturas
se descubre por analogía a su creador (Sab 13,1-5).

Lo que de Dios puede conocerse les resulta manifiesto, pues Dios mismo se lo manifestó. Pues lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación (Rm 1,19-20).

Esta forma de comunicarse Dios por medio de lo creado, sin palabras, está al alcance de todos los hombres de todos los tiempos. Realmente esta capacidad de reconocer el lenguaje silencioso de la creación es algo propio y característico de los seres humanos.

Lo mismo se afirma en otro salmo:

Los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria (Sal 97,6).

Este lenguaje sin palabras de la creación reclama por nuestra parte una actitud de escucha que contemple la obra de Dios y pueda descubrir detrás de la belleza y la grandeza de lo creado la gloria de un Dios omnipotente e inabarcable que no puede ser encerrado en palabras, pero que se comunica por medio de lo que sale de sus manos. Y de este modo, todas las cosas que nos rodean se convierten, no en el simple escenario de nuestra existencia o en la materia prima para nuestras obras, sino en mensajeros de Dios.

[vv. 5b-7] Sin previo aviso aparece otro elemento de la creación que completa la tarea de los cielos y el firmamento: el sol.

En las religiones que rodean al pueblo de Israel el sol es considerado como un dios, es más, como uno de los dioses más importantes. Los egipcios cantan al dios sol que cruza el cielo e ilumina a los hombres. Para los babilonios el dios sol sale desde la gran montaña, abre la puerta del cielo y camina hasta llegar al poniente lejano y misterioso. Para el pueblo de Israel, iluminado por la revelación de Dios, el sol es una simple lumbrera que Dios crea y coloca en el cielo, sin mencionar su nombre siquiera (Gn 1,16). Es Dios el que le prepara una tienda al sol, se supone que en el firmamento. Puede ser significativo que, mientras Dios tiene su templo en el cielo, el sol sólo tiene una tienda donde pasar la

noche; queda implícito que, además, ese recorrido permanente sigue el mandato del Señor.

El son no proclama ni pregona nada, al contrario de las otras criaturas mensajeras; pero en su magnífico recorrido -que trascurre por la distancia mayor que se da en la tierra (cf. Sal 103,12)-, va difundiendo su calor vivificante y de ese modo transmite el mismo mensaje para el que lo contemple. Nada se dice de la luz que el sol derrama sobre la humanidad, que sería un símbolo de la revelación de Dios, y de la mirada de Dios que lo ve todo al iluminar a la humanidad entera.

Del mismo modo que el mensaje del firmamento y el cielo alcanza a toda la tierra (v. 5), nada se libra del calor del sol (v. 7) que va proyectando al recorrer todo el firmamento. El sol, también personificado, se compara con un esposo recién casado que sale de la alcoba lleno de gozo y vitalidad. Es también el héroe, el guerrero lleno de entusiasmo cuando sale a guerrear.

La maravilla de esta criatura nos hace descubrir el poder y la grandeza de Dios:

> El sol proclama cuando sale:
> «¡Qué admirable es la obra del Altísimo!».
> Al mediodía reseca la tierra,
> ¿quién puede resistir ante su calor?
> Para los trabajos de forja se atiza el horno,
> pero tres veces más abrasa el sol las montañas;
> emite vapores ardientes,
> ciega los ojos con el resplandor de sus rayos.
> Grande es el Señor que lo ha creado,
> y su palabra acelera su carrera (Eclo 43,2-5).

[vv. 8-11] Me encuentro con un cambio de tema y de estilo sin previo aviso. Hasta cambia la forma de mencionar a Dios, que a partir de ahora es «el Señor» (Yahweh). A partir de aquí no es la creación la que manifiesta la gloria de Dios, sino que es la ley de Dios con sus cualidades y efectos lo que nos hace comprender la

grandeza y la bondad de Dios. Debo tener en cuenta que la ley no consiste sólo en los mandamientos y normas que Dios revela a Moisés; sino que, cuando se confecciona el salmo, se refiere a todo el compendio de lo que Dios ha ido revelando a su pueblo y que, después del exilio, se va identificando con la Sagrada Escritura.

Los vv. 8-10 contienen seis afirmaciones con el mismo esquema: se enuncia característica de la ley (que se menciona de seis maneras distintas) y se señalan los efectos que tiene la ley (se supone en los hombres). Esta estructura tan ordenada de esta parte del salmo es también signo de una ley ordenada que suscita también el orden en la vida de los hombres. Si colocáramos juntos los nombres aplicados a la ley, las cualidades que se le atribuyen y los efectos que produce, nos daría el siguiente resultado que nos ayuda a profundizar en la maravilla de la ley y sus efectos, por medio de la yuxtaposición de elementos paralelos.

La ley del Señor es su precepto, sus mandatos, su norma, el temor a él, sus mandamientos.

La ley del Señor es perfecta, fiel, recta, límpida, pura y verdadera. A lo que hay que añadir que es eternamente estable y justa.

La ley actúa en el ser humano y produce diversos efectos: da descanso al alma, instruye, alegra, da luz.

Toda esta riqueza de contenido y de matices nos ayuda a entender que no estamos ante unos mandamientos fríos y rígidos, ni ante una concepción legalista de la relación con Dios. La ley manifiesta el amor y la cercanía de Dios a su pueblo. La ley es un regalo de Dios para que el hombre pueda encontrar la vida en plenitud. La ley es signo de predilección de Dios. Quien no tiene esa ley no es más libre, sino que está perdido. Le falta la luz, el descanso y alegría.

> Mirad: yo os enseño los mandatos y decretos, como me mandó el Señor, mi Dios, para que los cumpláis en la tierra donde vais a entrar para tomar posesión de ella. Observadlos y cumplidlos, pues esa es

vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos, los cuales, cuando tengan noticia de todos estos mandatos, dirán: «Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente esta gran nación». Porque ¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos? Y ¿dónde hay otra nación tan grande que tenga unos mandatos y decretos tan justos como toda esta ley que yo os propongo hoy? (Dt 4,5-8; cf. 30,11-14).

Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;
con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos (Sal 147,19-20).

Todo el amplísimo Salmo 119 es un canto a la ley en la que se repiten esos sinónimos de la ley, esas características y esos efectos:

Mi alegría es el camino de tus preceptos,
más que todas las riquezas (v. 14).

Tus preceptos son mi delicia,
tus enseñanzas son mis consejeros (v. 24).

Recordando tus antiguos mandamientos,
Señor, quedé consolado (v. 52).

Tu palabra, Señor, es eterna,
más estable que el cielo (v. 89).

Tu mandato me hace más sabio que mis enemigos,
siempre me acompaña;
soy más docto que todos mis maestros,
porque medito tus preceptos.
Soy más sagaz que los ancianos,
porque cumplo tus mandatos (vv. 98-100).

Tus preceptos son mi herencia perpetua,
la alegría de mi corazón (v. 111).

Tus preceptos son admirables,
por eso los guarda mi alma;
la explicación de tus palabras ilumina,
da inteligencia a los ignorantes (v. 129-130).

Señor, tú eres justo,
tus mandamientos son rectos;

has decretado preceptos justos
sumamente estables (v. 137-138).

Por eso es bienaventurado el que medita (rumia) la ley del Señor constantemente:

Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche (Sal 1,1-2).

El v. 11 usa dos comparaciones para proclamar la bondad de la ley del Señor: el oro y la miel. La ley es más valiosa que el metal más valioso, no simplemente el oro, sino el oro fino. Es más dulce que lo más dulce, la miel (el único edulcorante de la antigüedad).

Las palabras del Señor son palabras auténticas,
como plata limpia de ganga,
refinada siete veces (Sal 12,7).

Entonces me dijo: «Hijo de hombre, come lo que tienes ahí; cómete este volumen y vete a hablar a la casa de Israel». Abrí la boca y me dio a comer el volumen, diciéndome: «Hijo de hombre, alimenta tu vientre y sacia tus entrañas con este volumen que te doy». Lo comí y me supo en la boca dulce como la miel (Ez 3,1-3).

Estas comparaciones me impiden entender la ley de Dios como una carga de la que hay que desprenderse porque no es valiosa y una limitación que amarga la vida.

[vv. 12-15] Otro giro inesperado en el salmo. El salmista se presenta ante Dios como su «siervo» y se dirige directamente a él. Deja de alabar a Dios por el tesoro dulce de la ley y comienza una oración de súplica.

Después de proclamar las maravillas de los mandatos del Señor, el orante se pone en relación con ellos y reconoce que él también recibe la enseñanza de Dios por medio de su ley y que, si guarda los mandamientos, tendrá una recompensa grande: el descanso, la sabiduría, la alegría y la luz, que ha descrito él mismo; la riqueza y la dulzura que ha señalado.

La recompensa que hay detrás de todas estas realidades no puede ser otra que Dios mismo. Él no sólo da estos dones, sino que él en persona es el descanso (Sal 62,1), la sabiduría (Job 12,13), la alegría (Sal 43,4; 16,11), la luz (Sal 27,1), el tesoro (Sal 73,25-26) y la dulzura (Sal 119,103).

Cuando el salmista se confronta ante la ley de Dios experimenta su pecado. Las «faltas» a las que se refiere el v. 13 son pecados que se cometen sin pleno consentimiento, que no tienen el mismo castigo que las que se cometen consciente y deliberadamente:

> Si alguien peca, sin darse cuenta, haciendo algo prohibido por el Señor, incurre en culpa y ha de cargar con su pecado. Llevará al sacerdote, como sacrificio de reparación, un carnero sin defecto, según valoración. El sacerdote hará expiación por la falta que cometió sin darse cuenta, y se le perdonará (Lv 5,17-18; cf. Nm 15,22-31).

Por eso el salmista a continuación pide humildemente perdón de los pecados que se le ocultan.

Debo aprender a ponerme ante la ley con la humildad del que reconoce su pecado y no con el orgullo del que intenta justificarse con excusas o falsas interpretaciones. Tengo que reconocer lo que se escapa a mi conciencia y pedir perdón también por ello.

A continuación, el salmista pide aún con más fuerza perdón de lo que considera «el gran pecado» que le puede dominar: la «arrogancia». Se trata del orgullo, no sólo porque es el pecado más grave, sino porque es la raíz de todos los pecados. Hay que tener en cuenta que no se trata sólo del orgullo ante los demás hombres, sino el orgullo ante Dios que lleva a cometer las peores desobediencias y rebeldías, desde el primer pecado: «Seréis como Dios» (Gn 3,5).

> Los ojos orgullosos serán humillados,
> será doblegada la arrogancia humana;
> solo el Señor será exaltado en aquel día,
> el Día del Señor del universo,
> contra cuanto es orgulloso y arrogante,
> contra cuanto es altanero -que será abajado-,
> contra todos los cedros del Líbano,
> arrogantes y altaneros,
> contra todas las encinas de Basán,

contra todos los montes elevados,
contra todas las colinas encumbradas,
contra toda alta torre,
contra toda muralla inexpugnable,
contra todas las naves de Tarsis,
contra todos los navíos opulentos.
Será doblegado el orgullo del mortal,
será humillada la arrogancia humana;
solo el Señor será exaltado en aquel día (Is 2,11-17).

Por eso es tan importante la humildad con Dios, que conduce a la docilidad y a la obediencia, a ser, como dice el salmista, «siervo» del Señor:

Hombre, se te ha hecho saber lo que es bueno,
lo que el Señor quiere de ti:
tan solo practicar el derecho,
amar la bondad,
y caminar humildemente con tu Dios (Mi 6,8).

Esto dice el Señor:
«El cielo es mi trono,
y la tierra, el estrado de mis pies:
¿Qué templo podréis construirme
o qué lugar para mi reposo?
Todo esto lo hicieron mis manos,
todo es mío -oráculo del Señor-.
En ese pondré mis ojos:
en el humilde y abatido
que se estremece ante mis palabras» (Is 66,1-2).

El v. 15 cierra el salmo con una oración de ofrecimiento de las palabras que salen de la boca y los pensamientos que nacen en el corazón del orante. El israelita no sólo ofrece a Dios animales sacrificados en el templo, también la oración es un sacrificio:

Suba mi oración como incienso en tu presencia,
el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde (Sal 141,2).

Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza (Sal 50,14).

Vuelve, Israel, al Señor tu Dios,
porque tropezaste por tu falta.
Tomad vuestras promesas con vosotros,
y volved al Señor.

Decidle: «Tú quitas toda falta,
acepta el pacto.
Pagaremos con nuestra confesión (Os 14,2-3).

No podemos pasar por alto que el «meditar» del corazón hace referencia al «meditar» la ley día y noche que hace bienaventurado al que lo realiza según el Salmo 1. Un «meditar» que no se hace sólo con la mente, sino que se refiere a un rumiar que lleva una y otra vez a los labios la palabra de Dios para asimilarla, que es una de las imágenes más preciosas de la tarea de la *lectio divina*.

El Señor (la séptima vez que se menciona el nombre de Yahweh) es proclamado como roca y redentor del salmista. La roca, como el alcázar, es el lugar del refugio (cf. Sal 18,2-3). El «redentor» es una institución importante en el Antiguo Testamento: es el familiar más cercano que se hace cargo de la viuda, libera al esclavo, rescata las tierras o venga la sangre de su familiar (cf. Lv 25,25.47-49; Nm 35,19). Es difícil imaginar la fuerza que tiene saber y proclamar que Dios es para mí ese pariente cercano que me va a defender y rescatar.

. . .

La sencilla repetición de las palabras de la primera parte del salmo (vv. 2-7) puede servirme para alabar a Dios por la creación. También puede ayudarme a afinar la mirada contemplativa y descubrir la gloria de Dios al trasluz de la creación y darme cuenta de que todo lo que veo es obra de sus manos.

Si tengo en cuenta que la ley de Dios es la manifestación de su plan amoroso para hacerme feliz en este mundo y llevarme al cielo puedo ir repitiendo en mi interior que es «descanso para mi alma», «alegría de mi corazón», «luz para mis ojos». Tal vez experimente alguna dificultad para cumplir la voluntad de Dios expresada en los mandamientos; entonces puedo encontrar confianza y fuerza para cumplirla rumiando en mi interior que esa ley es «perfecta», «fiel», «recta», «límpida», «pura», «estable» y «justa». Podría atreverme a ir de la ley de Dios al Dios que da su ley como un tesoro y descubrir que puedo aceptar confiada y dócilmente su ley porque

él es «perfecto», «fiel», «recto», «límpido», «puro», «estable» y «justo».

Puedo ponerme ante Dios y con humildad reconocer que soy su siervo y decir en nombre propio «tu siervo es instruido por tus mandatos, y guardarlos me comporta una gran recompensa».

También el salmo me ofrece la posibilidad de ser consciente de que soy pecador y pedir lo que necesito. Si soy consciente de la limitación de mi conciencia puedo pedir al que escruta mi corazón que me perdone repitiendo serenamente «absuélveme de lo que se me oculta». Tal vez descubro el orgullo en la raíz de mis pecados y puedo pedirle insistentemente «Preserva a tu siervo de la arrogancia, para que no me domine», para que quede libre «del gran pecado».

Aunque estén al final del salmo, las palabras del v. 15 me pueden ayudar a comenzar la oración con el deseo y la petición de que le agrade lo que pienso y lo que digo, de modo que sea una ofrenda agradable.

Las dos últimas invocaciones al Señor, repetidas incesantemente, pueden llenarme de confianza en cualquier situación, afianzando mi confianza en que el Señor es «mi roca» y «mi redentor».

. . .

Es curioso que este salmo, que me ayuda a descubrir cómo la creación manifiesta sin palabras la gloria de Dios, le sirve a san Pablo para mostrar que la predicación de los apóstoles se expande por toda la tierra, siguiendo el mandato del Señor (Mt 28,19-20):

> La fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la palabra de Cristo. Pero digo yo: ¿Es que no lo han oído? Todo lo contrario: *A toda la tierra alcanza su pregón, y hasta los confines del orbe sus palabras* (Rm 10,17-18).

Lo que la creación realiza de forma silenciosa respecto de la existencia y la gloria del creador, lo realiza ahora la Iglesia con las palabras recibidas del Señor. La Iglesia me presentará con

frecuencia este versículo del Salmo 19 para recordarme la predicación de los apóstoles y de los misioneros.

La revelación plena en Cristo me ayuda a descubrir la acción del Verbo en la obra de la creación, de modo que puedo ver como todo lo creado manifiesta también la gloria de aquel por medio de quien han sido creadas todas las cosas:

> Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho (Jn 1,3).
>
> En él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él (Col 1,16-17).

También podemos contemplar la acción creadora del Espíritu Santo. De hecho, san Ireneo vio al Hijo y al Espíritu Santo como las dos manos de Dios con las que realiza la obra de la creación. Nada me impide descubrir la acción y la gloria del Verbo y del Espíritu al contemplar «la obra de sus manos» (v. 2).

Es Zacarías, el padre del Bautista, el que me ayuda a descubrir que Cristo es «el sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (Lc 1,78-79). El Verbo de Dios se hace hombre en el seno de María, la Morada en la que él toma carne, desde la que sale para derramar su luz y su calor en su nacimiento, en su vida oculta, durante su predicación y especialmente en su cruz y resurrección. Desde su asunción al cielo sigue dando luz y calor a los hombres de todo tiempo y lugar.

Jesucristo es el esposo (Mc 2,19). Estoy invitado a participar de su banquete de bodas (Mt 22,2-3; Jn 2,1-2), él es el Esposo al que esperamos:

> «Llegó la boda del Cordero, su esposa se ha embellecido, y se le ha concedido vestirse de lino resplandeciente y puro -el lino son las buenas obras de los santos-». Y me dijo: «Escribe: “Bienaventurados los invitados al banquete de bodas del Cordero”» (Ap 19,7-9; cf. 21,2.9; 22,17).

Si los israelitas podían descubrir el tesoro de la ley de Dios revelada en Moisés, mucho más nosotros que hemos recibido la plenitud de la ley (Mt 5,17), el nuevo mandamiento (Jn 13,34), la ley de Cristo (Gal 6,2). Cristo en persona es la plenitud de la ley (Rm 10,4). ¿Cómo no vamos a cantar nosotros, con mucha más razón, que esa ley nueva es nuestro tesoro y es más dulce que la miel?

De hecho, nosotros tenemos una ventaja, porque gracias a Cristo hemos recibido el corazón nuevo y el espíritu nuevo que nos hace capaces de cumplirla (Ez 36,26-27; Jr 31,33). El Hijo y el Espíritu nos hacen capaces de cumplir la ley (Rm 8,2-3).

La Escritura nos ayuda a descubrir que esa roca de refugio, en la que podemos edificar nuestra vida es Cristo (1Co 10,4; 1Pe 2,4-6; Ef 2,20), que él es nuestro redentor, el que ha pagado nuestro rescate con su propia sangre (Mc 10,45, Ef 1,7, 1Pe 1,18-19).

. . .

No se puede controlar cómo y cuándo puede Dios conceder el don de la contemplación a partir de sus palabras, pero más allá de su Palabra. Pero la contemplación de la Creación me puede ayudar a adorar sin palabras al que se manifiesta sin palabras. Puedo quedarme sencillamente dejándome calentar por el calor del sol que es Cristo, o descubrir que él es mi esposo. El salmo puede dejarme en los labios la dulzura de la ley de Cristo. O puedo quedarme sencillamente en silencio apoyado en mi roca o agradecido y confiado por tener tal redentor.

El salto a la contemplación es absolutamente gratuito por parte de Dios, pero debe prepararse por mi parte con el deseo ardiente de esa contemplación y una disposición de plena docilidad ante la presencia y la acción de Dios, que puede llevarme por cualquier camino. Para ello debo convertirme en una caja de resonancia en la que resuene interiormente lo que Dios me ha mostrado en su Palabra, recogiendo esa resonancia en el silencio y el recogimiento

prolongados hasta que queden llenos del suave eco de la misma, en el cual me abandono y cuyo fruto procuraré apasionadamente que no se pierda en mi vida concreta ordinaria.

NOTAS

1 En nuestra traducción se omite el objeto de lo que la noche susurra que puede entenderse como un saber sobre Dios, una enseñanza propia de los sacerdotes.